

H. P. Lovecraft

En la cripta



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *The Dunwich Horror and Others - The Best Supernatural Stories of H. P. Lovecraft*
Traducción de Aurelio Martínez Benito

Primera edición en «El libro de bolsillo»: 1980

Tercera edición: 2013

Tercera reimpresión: 2019

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Linda Bozarth

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1980, 2019

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-206-7607-4

Depósito legal: M. 12.871-2013

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 9 En la cripta
- 24 Las ratas de las paredes
- 59 El color surgido del espacio
- 111 La música de Erich Zann
- 126 El grabado en la casa
- 141 La llamada de Cthulhu
- 195 Aire frío
- 210 El ser en el umbral
- 256 El Terrible Anciano

En la cripta*

No hay nada más absurdo, a mi juicio, que la convencional asociación de lo sencillo y lo saludable que parece impregnar la psicología de las multitudes. Mencione usted, por ejemplo, un bucólico escenario yanquí, un desmañado y corpulento empresario de una funeraria de pueblo y un lamentable percance relacionado con una tumba, y a ningún lector corriente se le ocurrirá esperar otra cosa que un sabroso, aunque grotesco, acto de comedia. Y, sin embargo, Dios sabe bien que la prosaica historia que la muerte de George Birch me autoriza a contar, tiene ciertos aspectos al lado de los cuales empalidecen nuestras más dramáticas tragedias.

Birch sufrió una crisis y traspasó su negocio en 1881, pero jamás, si podía evitarlo, hablaba de lo que le sucedió. Tampoco lo hizo su anciano médico, el doctor Da-

* Título original: *In the Vault*, 1925

vis, que murió hace años. Decíase que la postración y conmoción que padecía se debían a un desgraciado resbalón a consecuencia del cual Birch permaneció encerrado durante nueve horas en la cripta del cementerio de Peck Valley, de la que logró salir sólo tras arduos y calamitosos procedimientos mecánicos. Pero si bien ello era indudablemente cierto, había otros aspectos más oscuros que Birch solía confiarme en los delirios que seguían a sus borracheras ya en los últimos años de su vida. Confiaba en mí porque era su médico, y porque probablemente sentía la necesidad de desahogarse con alguien tras la muerte de Davis. Birch era soltero y no tenía ningún familiar.

Hasta 1881 Birch, que pasaba por ser uno de los individuos más insensibles y primitivos que imaginarse cabe, estuvo al frente de la funeraria de Peck Valley. Los métodos que he oído atribuirle resultarían increíbles hoy día, al menos en la ciudad. Y hasta el mismo Peck Valley se habría estremecido un tanto de haber conocido la permisiva ética de su artista de pompas fúnebres en materias tales como la propiedad de la valiosa «mortaja», oculta bajo la tapa del ataúd, y el desparpajo de que hacía gala al adaptar los miembros que no se veían de sus inertes clientes en cajas no siempre calculadas con la más sublime precisión. En una palabra, Birch era un tipo desmañado, insensible e indeseable desde el punto de vista profesional; pero, por mi parte, sigo creyendo que no era mala persona. Era, evidentemente, un hombre tosco de carácter y en su trabajo, sin consideración, descuidado y aficionado a la bebida, como demuestra su absurdo accidente, y carente de ese mínimo de imaginación

que hace que el ciudadano medio se mantenga dentro de los límites que fija el decoro.

No sé por dónde empezar la historia de Birch, pues no tengo práctica en esto de la narración. Supongo que habría que comenzar en aquel frío mes de diciembre de 1880 en que la tierra se heló y los operarios que trabajaban en el cementerio se encontraron con que no podían cavar más fosas hasta la primavera. Por fortuna, el pueblo era pequeño y el índice de mortalidad bajo, de forma que no fue difícil dar a los inanimados clientes de Birch un refugio temporal en la única y ya algo anticuada cripta del cementerio. Con aquel tiempo tan crudo, el dueño de la funeraria se volvió aún más letárgico, hasta el punto de sobrepasar su natural desidia. Jamás había construido ataúdes más endebles y destartalados, ni se había preocupado menos de la oxidada cerradura de la puerta de la cripta, que él abría y cerraba de golpe con la mayor indiferencia.

Al fin llegó el deshielo de la primavera, y las tumbas fueron laboriosamente dispuestas para las nueve silenciosas presas de la Parca que aguardaban turno en la cripta. Birch, aunque temiendo las molestias propias del traslado y el enterramiento, se puso manos a la obra una desapacible mañana de abril, pero, tras depositar un único cadáver en su morada perpetua, tuvo que interrumpir su tarea antes del mediodía debido a que la intensa lluvia que caía parecía irritar a su caballo. Era aquél el cuerpo de Darius Peck, el nonagenario anciano, cuya sepultura no estaba lejos de la cripta. Birch interrumpió su tarea pensando continuar al día siguiente con el viejo Matthew Fenner, cuya sepultura se hallaba también cerca; pero lo

cierto es que dejó todo empantanado por espacio de tres días, pues no volvió al trabajo hasta el quince, día de Viernes Santo. No siendo hombre supersticioso, no prestó la menor atención a la fecha... aunque a partir de aquel día se negó siempre a hacer nada importante en ese fatídico sexto día de la semana. Sin duda alguna, la vida de George Birch cambió mucho a raíz de aquella noche.

Así pues, la tarde de aquel viernes 15 de abril Birch se dirigía a la cripta con el caballo y el carro para trasladar el cadáver de Matthew Fenner. Posteriormente admitiría que no estaba del todo sobrio, aunque todavía no se había entregado en serio a la bebida con la que luego trató de olvidar ciertas cosas. Se encontraba algo mareado y lo suficientemente despreocupado como para aburrir a su sensible caballo, el cual, tras sufrir un fuerte tirón de riendas al llegar a la cripta, se puso a relinchar, a piafar y a sacudir la cabeza, de manera similar a aquella otra ocasión en que se irritó, al parecer, por causa de la lluvia. Si bien el día era claro, se había levantado un fuerte viento, y Birch se alegró de hallarse a cubierto mientras abría la puerta metálica y entraba en la cripta construida en la ladera. A cualquiera otra persona no le habría gustado aquella húmeda y hedionda estancia en la que podía verse un total de ocho ataúdes colocados sin orden ni concierto; pero, en aquel entonces, Birch carecía de la menor sensibilidad, y lo único que le preocupaba era colocar cada ataúd dentro de su respectiva sepultura. No había olvidado aún el escándalo que se armó cuando los familiares de Hannah Bixby, que deseaban trasladar su cadáver al cementerio de la ciudad en que ahora resi-

dían, encontraron el ataúd del juez Capwell debajo de su lápida.

Apenas había luz, pero Birch tenía buena vista y no cometió el error de coger el ataúd de Asaph Sawyer, aunque era muy similar. En realidad, había construido aquel ataúd para Matthew Fenner, pero finalmente lo desechó, por demasiado tosco y endeble, en un raptó de extraño sentimentalismo suscitado por el recuerdo de la amabilidad y generosidad con que le había tratado el anciano cuando se había arruinado cinco años atrás. Para el anciano Matt hizo lo mejor que podía salir de sus manos, pero su espíritu ahorrativo le impulsó a guardar el ataúd desechado, que habría de utilizar posteriormente cuando murió Asaph Sawyer de fiebres malignas. Sawyer no era un hombre que cayera bien a la gente y eran muchas las historias que circulaban sobre su casi inhumano espíritu de venganza y su extraordinaria memoria para recordar ofensas reales o imaginarias. Birch no sintió ningún escrúpulo al adjudicarle aquel ataúd hecho tan a la ligera y que ahora apartaba de su camino en su búsqueda del féretro de Fenner.

Nada más reconocer el ataúd de Matt una ráfaga de viento cerró la puerta de golpe dejándole sumido en una oscuridad aún más profunda que la hasta entonces reinante. A través del estrecho dintel sólo pasaban unos tenues rayos y por el conducto de ventilación que tenía encima prácticamente ninguno, por lo que se vio obligado a andar irreverentemente a tientas para no tropezar con las alargadas cajas en su camino hacia el picaporte de la puerta. En medio de esta fúnebre iluminación tiró del oxidado picaporte, intentó forzar las planchas metálicas

y se preguntó por qué aquella puerta se había vuelto de pronto tan recalcitrante. Rodeado de aquella luz crepuscular comenzó a percatarse de lo que le ocurría y se puso a gritar, como si su caballo, que había quedado fuera, pudiera hacer otra cosa que no fuera relinchar a modo de indiferente respuesta. El hecho es que el viejo picaporte estaba roto, con lo que el negligente dueño de la funeraria quedó encerrado en la cripta, víctima de su falta de previsión.

El suceso debió acaecer hacia las tres y media de la tarde. Birch, flemático por temperamento a la vez que eminentemente práctico, no siguió gritando mucho más; se puso a buscar a tientas unas herramientas que recordaba haber visto en un rincón de la cripta. No parece que le intimidara lo más mínimo el horror y lo increíblemente absurdo de la situación en que se encontraba; ahora bien, el simple hecho de estar encerrado allí tan lejos de los sitios por donde discurría la vida diaria, le resultaba de todo punto exasperante. Su trabajo de aquel día se había visto lamentablemente interrumpido, y a menos que la fortuna llevara hasta aquellos parajes a algún caminante sin rumbo fijo, se vería obligado a pasar allí la noche como mínimo. Tras dar pronto con el montón de herramientas y escoger un martillo y un cortafríos, Birch volvió a la puerta después de pasar por encima de los ataúdes. El aire comenzó a viciarse, pero no le dio importancia a este detalle mientras forcejeaba, medio a tientas, con el herrumbroso metal del picaporte. Habría dado cualquier cosa por tener una linterna o un cabo de vela, pero, a falta de ambos, hurgaba a oscuras con la mejor intención.

Cuando tras muchos esfuerzos vio que el picaporte no cedía, al menos ante aquellas escuálidas herramientas y en tan precarias condiciones, Birch miró a su alrededor en busca de otras posibles salidas. La cripta había sido excavada en una ladera de la colina, por lo que el estrecho conducto de la ventilación que había en la parte superior discurría a lo largo de varios pies de tierra, y en consecuencia no cabía pensar en encontrar una salida por allí. Ahora bien, encima de la puerta había un montante en forma de hendidura, empotrado en la fachada de ladrillo, que cualquier trabajador diligente que se lo propusiera podría agrandar; así que posó largo tiempo sus ojos en el montante mientras se devanaba los sesos buscando la forma de llegar hasta él. En la cripta no había nada parecido a una escalera, y los nichos mortuorios que se encontraban a los lados y en la parte posterior, a los que rara vez se tomó la molestia de recurrir Birch, no facilitaban la subida al vano que había encima de la puerta. Los ataúdes eran los únicos escalones en potencia para llegar hasta el dintel, y mientras consideraba esta posibilidad daba vueltas a la cabeza sobre cuál sería el mejor modo de colocarlos. Bastaría con tres ataúdes superpuestos, se decía, para poder llegar hasta el montante; claro que con cuatro se las arreglaría mejor. Las cajas eran prácticamente iguales, y podían apilarse una encima de otra. Así que se puso a hacer cábalas sobre la forma más estable de disponer los ocho ataúdes para construir una plataforma escalable de cuatro. Mientras hacía sus cálculos, no pudo menos de desear que los elementos de su proyectada escalera hubieran sido construidos más a conciencia. Si tenía la suficiente imaginación como

para desear que estuvieran vacíos, es ya cosa que admite fundadas reservas.

Finalmente, decidió formar una base de tres cajas paralelas a la pared, sobre la que colocaría dos pisos de dos cada uno y en la cúspide una sola caja a modo de plataforma. Así dispuestas, la ascensión podría hacerse con un mínimo de dificultades, y alcanzaría la altura deseada. Aunque, bien pensado, sería preferible utilizar sólo dos cajas en la base para sostener la superestructura, dejando una libre para colocarla en la cúspide en caso de que se requiriera una altura aún mayor para salir de allí. Así que el prisionero se puso manos a la obra en la oscuridad, levantando los indolentes restos mortales con muy escaso ceremonial mientras su Torre de Babel en miniatura crecía peldaño a peldaño. Algunos de los ataúdes empezaron a astillarse debido a la torpeza con que los manejaba, por lo que Birch resolvió dejar para el final el sólido féretro del anciano Matthew Fenner, al objeto de que sus pies pudieran descansar sobre una superficie lo más segura posible. Dada la semipenumbra que reinaba en el lugar tenía que confiar en el tacto para localizarlo, y acabó encontrándolo de forma casi accidental, pues, como si hubiese sucedido en virtud de una extraña volición, tropezó en él con las manos tras colocarlo inadvertidamente junto a otro en el tercer piso.

Terminada al fin la torre, y tras una pausa para dar descanso a los brazos durante la cual permaneció sentado en el peldaño inferior de su tétrico artilugio, Birch subió con precaución, armado de sus herramientas, hasta situarse a la altura del estrecho montante. Los bordes eran de ladrillo y no parecía haber duda de que no le costaría

mucho abrirlo lo suficiente como para permitir el paso de su cuerpo. Al descargar los primeros martillazos, el caballo se puso a relinchar en un tono tal que lo mismo podría tomarse como si le estuviera animando que como si se burlara de él. Ya fuese lo uno o lo otro, no dejaba de tener cierta lógica, pues la inesperada resistencia de la aparentemente ligera mampostería constituía sin duda una sardónica apostilla a la vanidad de las esperanzas mortales, y la fuente de una tarea cuya realización era merecedora de los mayores estímulos.

Cayó la noche y Birch seguía enfrascado en sus esfuerzos por salir de aquel lugar. En gran medida tenía que confiar en el tacto, pues unas recién formadas nubes ocultaban la luna; y aunque los progresos eran aún lentos, se animaba a la vista de sus avances en las partes superior e inferior del orificio. Estaba convencido de que estaría fuera para la medianoche, aunque una característica suya era que sus pensamientos no se veían enturbiados por fantasmales apreciaciones. Libre de toda reflexión que pudiera inquietarle sobre la hora, el lugar y la compañía que tenía bajo sus pies, golpeaba con filosófico talante la resistente mampostería, jurando cuando una esquirla le saltaba a la cara y riéndose cuando otra llegaba hasta el cada vez más alborotado caballo que no cesaba de piafar junto al ciprés. Al cabo de un rato el agujero se había agrandado tanto que de cuando en cuando se aventuraba a introducir el cuerpo por él, moviéndose de un lado a otro hasta el punto de hacer tambalear y crujir los ataúdes que tenía debajo. Comprobó que no necesitaba otro ataúd sobre la plataforma para alcanzar la altura requerida, pues el agujero se encontra-

ba exactamente al nivel en que sería factible utilizarlo en cuanto lo permitieran sus dimensiones.

Debían ser al menos las doce de la noche cuando Birch estimó que podía salir ya por el dintel. Cansado y sudoroso a pesar de los frecuentes descansos, descendió de la plataforma y se sentó un rato en la caja inferior con vistas a reunir fuerzas para el esfuerzo final y dar el salto al exterior. El hambriento animal relinchaba repetida y casi estremecedoramente, y Birch hubiese preferido no oír sus relinchos. Curiosamente no sentía especial júbilo por su inminente liberación, y casi temía el esfuerzo que debía realizar, pues su cuerpo tenía ya esa indolente corpulencia propia del hombre maduro. Mientras volvía a encaramarse en los crujientes ataúdes experimentó en propia carne su voluminoso peso; sobre todo cuando, al llegar al que estaba en la cúspide, oyó aquel exasperante crujido que presagiaba el hundimiento total del entarimado. Al parecer, se había equivocado al creer escoger el ataúd más resistente para la plataforma de apoyo, ya que en cuanto volvió a descansar todo su peso en él, la putrefacta tapa cedió, haciéndole caer dos pies más abajo sobre una superficie que ni siquiera él se atrevió a imaginar. Alterado por el ruido, o quizá por el hedor que impregnaba incluso el aire libre, el caballo dio un chillido demasiado rabioso como para tratarse de un relincho y se abismó frenéticamente en la oscuridad de la noche, mientras el carro traqueteaba salvajemente tras él.

Birch, en la espantosa situación en que se encontraba, estaba ahora demasiado bajo para intentar deslizarse por el orificio abierto en el montante, pero acumuló energías para hacer una tentativa a la desesperada. Agarrándose a

los bordes de la abertura, trató de izarse hasta ella, cuando notó que algo extraño se aferraba con fuerza a sus tobillos impidiéndoselo. Al cabo de un momento supo por vez primera aquella noche lo que era el miedo, pues a pesar de todos sus esfuerzos no conseguía librarse de la misteriosa fuerza que tiraba de sus pies. Sentía espantosos dolores, como si de brutales heridas se tratara, en las pantorrillas; y de su mente se había apoderado un torbellino de terror mezclado con una implacable sensación que sugería astillas, clavos sueltos o algún otro atributo de una caja de madera que se rompe. Es posible que gritara. Lo que es seguro es que se puso a patalear y a retorcerse frenética y maquinalmente, mientras que su conciencia quedaba prácticamente eclipsada a causa de un leve desfallecimiento.

El instinto le guió mientras se deslizaba a través del montante, y luego en la operación de arrastrarse que siguió a su sordo batacazo sobre el húmedo suelo. Al parecer, no podía marchar sobre sus pies y la luna, que empezaba a dejarse ver de nuevo, debió presenciar un horrible espectáculo mientras Birch arrastraba sus ensangrentados tobillos hacia la casita del cementerio, con los dedos hundidos en el negro lodo y lanzados a un ritmo frenético, a lo que su cuerpo respondía con aquella exasperante lentitud que se experimenta al verse uno perseguido por los fantasmas en el curso de una pesadilla. Claro que en este caso nadie perseguía a Birch, pues estaba solo y con vida cuando Armington, el guardián del cementerio, respondió a sus débiles arañazos en la puerta.

Armington llevó a Birch hasta el borde de una cama vacía y envió a su hijo Edwin en busca del doctor Davis.

El afligido Birch no había perdido el conocimiento, aunque sí la lucidez, pues no hacía sino murmurar cosas como «¡Oh, mis tobillos!», «¡Suelta!» o «... encerrado en la cripta». Al poco, llegó el doctor con su maletín y le hizo unas cuantas preguntas muy concretas, al tiempo que le desembarazaba de ropa, zapatos y calcetines. Las heridas –ambos tobillos estaban espantosamente lacera- dos a la altura del tendón de Aquiles– intrigaron sobre- manera al anciano doctor, hasta el punto de casi asustar- le. Sus preguntas adquirieron un tono más tenso que el propiamente médico y sus manos temblaron mientras curaba los despedazados miembros de Birch, vendán- dos rápidamente como si deseara quitarse de encima lo antes posible aquellas heridas.

Para ser Davis un médico de trato impersonal, resultaba muy extraño el tremendo y exhaustivo interrogatorio a que sometió a Birch, pues parecía como si quisiera cono- cer de labios del extenuado agente de pompas fúnebres hasta el menor detalle de su horrible experiencia. Mostra- ba un interés hartamente desmesurado por saber si Birch estaba seguro –lo que se dice absolutamente seguro– de la iden- tidad del ataúd que coronaba la plataforma, cómo lo ha- bía escogido, cómo pudo saber en medio de la oscuridad reinante que se trataba del ataúd de Fenner, y cómo se las arregló para distinguirlo del modelo idéntico, aunque de inferior calidad, del malvado Asaph Sawyer. ¿Cómo era posible que cediera con tanta facilidad el resistente ataúd de Fenner? Davis, médico de Peck Valley desde hacía años, había visto a ambos en sus respectivos funerales, e igualmente les había asistido en la enfermedad que les lle- vó a la tumba. Incluso había llegado a preguntarse, con

ocasión del funeral de Sawyer, cómo se las habían arreglado para que el vengativo granjero cupiera todo estirado en una caja tan similar a la del diminuto Fenner.

Tras dos largas horas, el doctor Davis se marchó, después de recomendar a Birch que insistiera en todo momento en que sus heridas habían sido causadas única y exclusivamente por clavos sueltos y trozos de madera astillada.

—¿Qué otra cosa iba a demostrarse o creerse si no?
—añadió.

Pero lo mejor sería hablar lo menos posible al respecto, y no consentir que ningún otro médico le viera las heridas. Birch se atuvo a aquella recomendación durante el resto de su vida hasta que un día me lo contó todo, y cuando vi las cicatrices que tenía —por entonces ya antiguas y descoloridas— convine que, desde luego, fue lo más prudente que pudo hacer. Hasta el final de sus días anduvo cojo, pues tenía seccionados los grandes tendones; pero, en mi opinión, la mayor invalidez residía en su alma. Sus procesos mentales, en otro tiempo tan flemáticos y lógicos, habían quedado marcados con una indeleble cicatriz, y era digno de compasión observar su reacción a ciertas alusiones casuales como «viernes», «cripta», «ataúd», y otras palabras de encadenamiento menos lógico. Su espantado caballo enfiló el camino de casa, pero su aterrado juicio nunca llegó a hacer lo mismo. Birch traspasó el negocio, pero en lo sucesivo no hubo momento en que no se viera asediado por algo. Tal vez no fuera sino miedo, tal vez un miedo aliñado con una extraña y tardía especie de remordimiento por su tosquedad de antaño. Su afición a la bebida, evidentemente, no hizo sino agravar su situación, en lugar de aliviarla.

Cuando el doctor Davis dejó a Birch la noche de autos, cogió una linterna y se fue a la vieja cripta del cementerio. La luz de la luna brillaba en los desperdigados trozos de ladrillo y en la decrepita fachada, y el picaporte de la enorme puerta cedió fácilmente a un golpe desde el exterior. Inmunizado tras multitud de desagradables y ya antiguas experiencias en las salas de disección, el doctor entró en la cripta y echó una mirada alrededor, reprimiendo la náusea mental y corporal que le invadió frente al espectáculo que se ofrecía ante sí y el insoportable hedor reinante en la estancia. Lanzó un grito agudo, y al poco emitió un resuello mucho más terrible que cualquier grito imaginable. Luego, salió corriendo en dirección a la casita y quebró todas las reglas de la profesión médica al levantar y sacudir a su paciente, al tiempo que le imprecaba con una serie de estremecedores susurros que restallaron en los aturdidos oídos de Birch como un siseo cargado de vitriolo:

—¡Era el ataúd de Asaph, Birch, tal como suponía! Reconocí su dentadura, a la que le faltaban los incisivos del maxilar superior. ¡Por el amor de Dios, no se le ocurra jamás enseñar a nadie esas heridas! El cuerpo estaba en estado de avanzada descomposición, pero jamás he visto tal expresión de venganza en un rostro... o difunto rostro... Ya sabe lo implacable que era Asaph a la hora de vengarse: consiguió arruinar al viejo Raymond treinta años después del pleito que tuvieron por una cuestión de límites, aplastó bajo sus pies a un perrito que le mordisqueó hará un año en agosto... Era el diablo en persona, Birch, y en mi opinión su estricta observancia del ojo por ojo se ha impuesto al tiempo y a la muerte. ¡Dios mío,

qué ira la suya! ¡No me habría gustado nada que la hubiera pagado conmigo!

»¿Por qué lo hizo usted, Birch? Asaph era un verdadero rufián, y no le reprocho por darle un ataúd de desecho, pero una vez más se pasó de la raya. Habría bastado con escatimar algo al hacer el ataúd, pero usted sabía perfectamente que el viejo Fenner era un hombre pequeño.

Jamás se me borrará de la memoria aquel cuadro mientras viva. Birch, usted debió patalear a rabiar, pues el ataúd de Asaph se encontraba en el suelo. Su cabeza estaba aplastada, y todo se hallaba revuelto en su interior. He visto cosas impresionantes, pero nada semejante. ¡Ojo por ojo! ¡Cielos, Birch, usted se lo buscó! Aquel cráneo me revolvió el estómago, pero lo otro fue mucho peor: *jesos tobillos seccionados con toda limpieza para que pudieran encajar en el desechado ataúd de Matt Fenner!*

Las ratas de las paredes*

El 16 de julio de 1923 me mudé a Exham Priory, después de que el último obrero acabara su tarea. Los trabajos de restauración habían constituido una imponente tarea, pues de la abandonada construcción apenas si quedaba un montón de ruinas, pero por tratarse del lar de mis antepasados no escatimé en gastos. Nadie habitaba la finca desde el reinado de Jacobo I, en que una tragedia de caracteres terriblemente dramáticos, aunque en gran medida incomprensibles, se cernió sobre el cabeza de la familia, cinco de sus hijos y varios criados, y obligó a marcharse de allí en medio de sombras de sospecha y terror, al tercer hijo, mi progenitor por línea paterna y único superviviente del infortunado linaje.

Con el único heredero denunciado por asesinato, la propiedad volvió a manos de la corona, sin que el acusa-

* Título original: *The Rats in the Walls*, 1923.

do hiciera el menor intento por excusarse o recuperar la heredad. Trastornado por un horror mayor que el de la conciencia o la ley, y expresando sólo el rabioso deseo de borrar aquella antigua mansión de su vista y memoria, Walter de la Poer, undécimo barón de Exham, marchó a Virginia, en donde se estableció y fundó la familia que, en el siglo siguiente, era conocida por el nombre de Delapore.

Exham Priory quedó abandonado, aunque con el tiempo pasó a formar parte de las propiedades de la familia Norrys y fue objeto de numerosos estudios como consecuencia de su singular arquitectura, consistente en unas torres góticas levantadas sobre una infraestructura sajona o románica, cuyos cimientos a su vez eran de un estilo o mezcla de estilos de época anterior: romano y hasta druida o el címrico originario, si es cierto lo que cuentan las leyendas. Los cimientos eran de aspecto muy singular, pues se confundían por uno de sus lados con la sólida caliza del precipicio desde cuyo borde el priorato dominaba un desolado valle que se extendía tres millas al oeste del pueblo de Anchester.

A los arquitectos y anticuarios les encantaba estudiar esta extraña reliquia de épocas remotas, pero los naturales del lugar la detestaban con todas sus fuerzas. La detestaban desde hacía siglos, cuando aún vivían allí mis antepasados, y la seguían detestando ahora en que, debido a su estado de abandono, la cubría una capa de musgo y mantillo. No llevaba siquiera un día en Anchester cuando me enteré de que descendía de una familia maldita. Pero ya esta semana los obreros han volado por los aires lo que quedaba de Exham Priory, y están atareados